

# EL SENTIDO DEL MUNDO EN EL SIGLO XXI. UNA NUEVA CIENCIA Y UNA NUEVA MIRADA

José Aparicio Pérez  
Académico Correspondiente

---

## RESUMEN

---

### PALABRAS CLAVE

Metáforas de la ciencia y conocimiento.

Una reflexión sobre la condición humana, el malestar en la cultura y nuestra inquietud espiritual. El arte iba por delante, pero hoy es la ciencia la que suministra las metáforas más útiles para un mundo interdependiente en el que la conciencia ostenta un papel fundamental. El universo consiste en flujos de información y los algoritmos electrónicos pueden llegar a superarnos, lo que nos fuerza a repensar qué somos y qué nos hace humanos.

---

## ABSTRACT

---

### KEYWORDS

Metaphors of science and knowledge.

A reflection on the human condition. The malaise in the culture lies in our spiritual restlessness. Art was ahead, but today science provides the most useful metaphors for an interdependent world in which consciousness plays a fundamental role. The universe consists of information flows and electronic algorithms can overcome us, forcing us to rethink what we are and what makes us human.

*A mi amigo Pepe Rebollo*

**T**odo lo que vamos a tratar está en los libros. Tanto en los contemporáneos de ciencia, como en los sagrados de todas las épocas. En el bien entendido de que los auténticos textos sagrados son los de los grandes autores. Filósofos como los griegos, escritores como Dante, músicos como Beethoven y, desde luego, científicos como Einstein.

Porque, como vamos a sostener, hay una comunicación profunda entre el arte y la ciencia, entendida esta como una gran obra literaria. La misma teoría cuántica, como el Corán, la Biblia o los Vedas, está abierta a multitud de interpretaciones.

El arranque de cualquier reflexión, como el de cualquier obra de arte, está en el hecho incontrovertible de que el ser humano posee un permanente estado de insatisfacción, una corriente subterránea de desasosiego que nos condiciona y nos hace ser como somos.

La constante del sufrimiento, por la que apareció el Buda, está en la base de nuestra condición. Sus raíces han estado históricamente relacionadas con el hambre, la guerra y la enfermedad y han dependido de todo tipo de causas materiales. Sin embargo, desde la aparición de la inteligencia, la fuente primordial del malestar que nos condiciona radica en nuestra inquietud espiritual.

La actitud de un ser humano ante las grandes preguntas, marca profundamente la calidad de una vida. Sentimos que aun «cuando todas las posibles cuestiones científicas hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales todavía no se han rozado en lo más mínimo»<sup>1</sup>.

Las grandes tradiciones espirituales, desde hace miles de años, han explicado la relación profunda que conecta todo lo que existe y señalado que la sensación de sentirse separado de ese origen común es la causa del malestar.

La aparición del ego y la consecuente defensa irracional de todo lo mío ocurrió enseguida, ya en los albores del homínido inteligente que somos. Muy pronto, marcamos el terreno para diferenciarnos del resto del mundo y hacer de lo nuestro un universo propio, para el que los demás tienen una importancia relativa. Sin embargo, lo cierto es que se nace sin ego, se construye el ego para poder salir adelante en la vida y, finalmente, se muere más allá del ego.

En definitiva, nos pasamos la primera parte de la vida construyendo un ego fuerte con el que tener éxito y, después de alcanzar un mínimo de madurez y de serenidad, empleamos la segunda parte de la vida intentando trascenderlo. Sin embargo, más allá del yo superficial, de la máscara que configura la sociedad, existe un yo profundo, que está hecho de la misma esencia que permite ser a todo lo que existe. Es el lugar en el que la conciencia toma razón de sí misma. «Un yo profundo que no equivale al individuo, sino que es siempre el mismo en todos»<sup>2</sup>.

La prevalencia de uno u otro yo en cada uno de nosotros, está en relación directa con cuál sea nuestra disposición ante la apariencia del mun-

<sup>1</sup> Ludwig Wittgenstein: *Tractatus lógico-philosophicus*, 6.52, Alianza editorial (2009), pág. 131.

<sup>2</sup> Mónica Cavalle: *La sabiduría recobrada*, (2009), pág. 110. También en *El arte de ser* (2017), pág. 78.

do. La actitud contemporánea se puede resumir en dos posturas. La de quienes sostienen que no existe nada más que lo que podemos ver, como Woody Allen cuando afirma «Detesto la realidad, pero es en el único sitio donde se puede comer un buen filete»<sup>3</sup>, y la de otros, como Fernando Pessoa, para quien un ser humano no se da cuenta de que hay algo entre él y la luz, como un insecto que se estrella contra el cristal de una ventana. El hombre de genio, el poeta, logra romper de algún modo el cristal y siente la alegría que produce, poder ver y «conseguir estar un poco más allá»<sup>4</sup>.

Detrás del teatro del mundo, están las cosas con su «secreta evidencia», lo que ocurre es que no las apreciamos, porque estamos permanentemente sometidos al incesante parloteo de la mente. Por eso, hay que servirse de la razón que encarna el pensamiento científico, para intentar reencantar el mundo, para comprender, en base a argumentos, la interconexión de todo lo que existe.

Intuimos que lo real está ahí, pero no lo vemos. Y esa intuición comporta ya una actitud mística. Místico en su sentido etimológico, de mirar hacia dentro, porque toda la antigüedad consagra, de manera rotunda, que dentro de cada uno de nosotros está el secreto de todo.

Aunque la experiencia requiera una especial sensibilidad y haya personas poco dotadas para ello, como el mismo Stephen Hawkins que despachaba la mística como «una especie de fuga para alguien que no sabe suficientes matemáticas».

Hablamos, sin embargo, de la mística como culminación del espíritu crítico. Pues, aunque no todos los escépticos son místicos, todos los místicos son escépticos. Como Sócrates, saben que no saben. Aunque, claro, saber que no se sabe ya es una importante forma de conocimiento. Y de camino para tenerse en pie<sup>5</sup>. Siempre cabe alcanzar una cierta experiencia

<sup>3</sup> Woody Allen, Vanity Fair, 4 de enero de 2011. Insistir en que solo existe lo que vemos, es un criterio muy reiterado en la obra de Richard Dawkins *Evolución*, Espasa (2008). Otros autores contemporáneos de prestigio se manifiestan de forma parecida, como Daniel C. Dennett, Paidós, *La evolución de la libertad* (2003) o Steven Pinker en *La tabla rasa: la negación moderna de la naturaleza humana*, Paidós (2002).

<sup>4</sup> Fernando Pessoa: *Diarios* (2009), pág. 3. En línea con esta postura se han pronunciado, también, relevantes científicos en diferentes campos, entre otros, el médico, genetista y líder del Proyecto Genoma Humano, Francis S. Collins en *¿Cómo habla Dios?*, Temas de hoy (2007), el físico teórico Fritjof Capra en *Las conexiones ocultas*, Anagrama (2008), el físico teórico Peter Russell en *Ciencia conciencia y luz*, Kairos (2005) o el psiquiatra Stanislav Grof en *El juego Còsmico*, Kairos (2009).

<sup>5</sup> Salvador Paniker: *La vanguardia*, 14-09-2005. El comentario es una idea recurrente en su obra, por todos *Adiós a casi todo*, Random House Editorial (2017), pág. 12.

mística, musical, poética o estética de cualquier tipo, que quizá se convierta en una experiencia real.

Las razones por las que no sabemos ver, por las que no captamos el fondo ni el aroma de las cosas, son diversas. Nuestros condicionantes sociales y nuestra propia genética, los memes y los genes, son dificultades para abstraernos del mundo de las apariencias.

El cerebro tiene un millón de años de evolución y para aprender a ver hemos hecho de todo. Nos hemos flagelado, hemos ayunado, nos hemos aislado, hemos inventado los monasterios y los conventos<sup>6</sup>.

Los intentos han ido siempre orientados a conseguir una transformación del estado de conciencia mediante sonidos, bailes y sustancias diversas, desde el centeno al peyote o al LSD. Desde los rituales de los misterios egipcios y griegos hasta el movimiento hippy.

Hemos intentado encontrar una cualidad, un talante que nos ayude a abrir las puertas de la percepción, cerradas por las limitaciones de nuestros sentidos, por la dificultad para percibir el secreto de las cosas. Hemos buscado, siempre, un estilo nuevo que nos ayude a descorrer el velo de Maya y a despertar del sueño en el que vivimos.

El ser humano puede hacer lo que quiera, pero no puede evitar querer lo que realmente quiere. Y eso condiciona el uso de la libertad<sup>7</sup>. Por tanto, aunque lo necesario sea inevitable, y las cosas vengan dadas, sí podemos elegir nuestra actitud frente a las circunstancias. Y la actitud se puede modificar, incrementando nuestra mirada y ampliando las posibilidades de respuesta ante cualquier cosa que nos pueda suceder.

En ese contexto, aprender a contemplar el mundo es ya apertura. La poesía es indispensable y aunque no sepamos decir exactamente para qué, sí podemos sentir, como sostiene Edgar Morín, que la vida verdadera se halla en la calidad poética de la existencia<sup>8</sup>.

La actitud poética sirve para darse cuenta de que «la naturaleza se ha tomado la molestia de informarnos sobre sí misma», y eso significa que el sufrimiento es indicador del descamino, mientras que la alegría anuncia siempre que la vida ha triunfado<sup>9</sup>.

<sup>6</sup> Krishnamurti: *Más allá del tiempo*, diálogos con David Bohm, Kairos (2006), pág. 143.

<sup>7</sup> Schopenhauer: *El mundo como voluntad y representación*, Alianza Editorial (2001), pág. 35.

<sup>8</sup> *La poesía vivida de Edgar Morín*, Janeth f. Beltrán, (2017), comentando el libro de Edgar Morín *La urgencia y lo esencial*.

<sup>9</sup> Henri Bergson: *La energía espiritual*, Espasa, (1982), pág. 133.

Con frecuencia oímos a grandes artistas, desde Rothko a Tapies, remitiéndose a la ciencia, como marco intelectual y fuente de inspiración. Lo que constituye una clara señal de que, si hubo un tiempo en que el arte iba por delante de la ciencia, hoy la situación se ha invertido. La ciencia contemporánea, con su aproximación cada vez más misteriosa a la realidad, contribuye a reencantar el mundo. La ciencia suministra hoy las metáforas más útiles. Metáforas, que como vamos a ver, son con frecuencia armónicas con la perspectiva de las grandes tradiciones.

Soy ferviente admirador del método científico, pero, al mismo tiempo, reconozco que el reduccionismo materialista de una parte de la comunidad científica resulta insuficiente apoyo intelectual para el pensamiento de un ser humano del siglo veintiuno.

Por eso, vamos a hablar de ciencia, pero, a continuación, de la sociedad, del llamado capitalismo consciente y de la gente culturalmente creativa, para finalizar reflexionando sobre la inteligencia y sobre las máquinas inteligentes que caracterizan nuestra época.

En los últimos veinte años, el número de disciplinas científicas ha aumentado considerablemente, por lo que resulta obligado adoptar una postura interdisciplinar para poder acercarnos al intento de contemplar el mundo desde una perspectiva completa.

Es evidente que no se puede prescindir de lo que Darwin significa y es esencial no dejarse confundir con posturas falsamente científicas. Desde Galileo muchos relevantes científicos han podido ser tachados de extravagantes por la sociedad de su época. En la historia de la ciencia es una constante la existencia de propuestas e innovaciones que, en sí mismas consideradas, resultan de enorme interés y que, sin embargo, han conciliado, en su momento, una fuerte oposición.

Siempre me han interesado los creadores que han ido un paso más allá. Así ocurre con el químico Ilya Prigogine y sus estructuras disipativas, con el físico cuántico David Bohm y su teoría sobre el orden implicado, con el biólogo Rupert Sheldrake y su idea sobre lo que ha denominado campos mórficos y, también, con autores interdisciplinares como Erwin Laszlo, con su obra sobre el cosmos creativo<sup>10</sup>.

Hay una suerte de denominador común en todos ellos, el hecho muy razonable de pensar que la evolución se desplaza sobre una estructura in-

<sup>10</sup> Ilya Prigogine: *El nacimiento del tiempo*, Tusquets (2012), y *Las leyes del caos*, Crítica (2019); Rupert Sheldrake: *El espejismo de la ciencia*, Kairos (2013); David Bohm: *La totalidad y el orden implicado*, octava edición en español (2005); Erwin Laszlo: *El cosmos creativo*, tercera edición (2008), y *El Cambio Cuántico* (2008).

temporal, inteligente y previa. Un fondo del universo, un orden implicado, que no tiene nada que ver con ningún tipo de prejuicio ni creencia.

Los grandes principios científicos sitúan el marco de referencia a partir del cual desarrollar cualquier tesis sobre la naturaleza y el sentido del mundo y constituyen maravillosas metáforas con un gran contenido poético, que hacen posible el crecimiento intelectual de quien a ellos se acerca. El gran público está cada día más interesado en este tipo de ciencia, pues apunta a los límites del conocimiento, a que la realidad no es como parece y a conexiones desconocidas que unen partículas lejanas.

El primero de los grandes principios, que condiciona la existencia y el desarrollo de todos los demás, es el de incertidumbre, establecido por Heisenberg, que verifica la dificultad de tener una visión completa del mundo.

En esta misma conclusión, incide el teorema de Gödel, cuando también establece la imposibilidad de que pueda alcanzarse una teoría completa de la naturaleza. Demuestra que cualquier sistema, de proposiciones moderadamente complejo, plantea preguntas que las proposiciones no pueden responder. En definitiva, que un sistema cerrado no puede ser plenamente conocido desde dentro del mismo sistema. Pues los seres humanos también formamos parte del universo que nos ha producido.

Pese a décadas de esfuerzo, el modelo estándar de la física no está completo. Solo explica en torno al 5% del universo. «Nadie sabe qué son, físicamente, la energía y la materia oscura, que integran el 95% restante, las llamamos así debido a nuestra ignorancia»<sup>11</sup>. Sin embargo, la principal propuesta de estas páginas radica, precisamente, en establecer el hecho de que no podemos prescindir, sin más, de tener una concepción completa del mundo.

Intentar comprender la naturaleza de la realidad y de la conciencia en particular, como un todo coherente, es un asunto que nunca es estático ni completo, sino que constituye un proceso de crecimiento continuo.

Un punto de partida de ese intento de comprensión se puede situar en algo contra intuitivo, las partículas que forman un átomo, no están hechas de materia. Lo importante, en ellas, son las relaciones entre sí, sus simetrías. Por tanto, la materia no está formada por algo material, no está hecha de ningún ingrediente sustancial. No existe ningún elemento que la constituya. Las unidades más pequeñas de la materia no son objetos físicos, sino for-

<sup>11</sup> Como afirma James Farnes, investigador de la Universidad de Oxford, en la revista *Astronomy and Astrophysics*, el 5-12-2018, en un trabajo en el que desarrolla «la trayectoria que debe recorrer una teoría al límite de la ciencia, para ser aceptada por la comunidad científica».

mas, estructuras, de las que solo se puede hablar sin ambigüedad en el lenguaje de las matemáticas<sup>12</sup>.

Sin embargo, es obvio que vivimos en un mundo tremendamente materialista, por lo que resulta prodigioso descubrir que el nuestro es ya un materialismo sin materia. Aunque, como apunta el físico de partículas David Bohm, quede, en principio, sin respuesta el saber si la materia puede llegar a ser algo tan sutil que esté más allá de cómo ordinariamente la consideramos.

El mundo existe, aunque su esencia no sea en virtud de ninguna sustancia, sino de pura interrelación.

También con una enorme fuerza poética, irrumpe en cualquier reflexión la llamada no localidad, que tiene que ver con la observación de que los cuantos y las cosas compuestas de cuantos, organismos y mentes incluidos, están intrínsecamente conectados de manera «no local» y pone de manifiesto el vínculo instantáneo, que une a partículas separadas por grandes distancias<sup>13</sup>. La conexión sería más rápida que la velocidad de la luz y plantea la cuestión de determinar por qué tipo de espacio o dimensión se comunican<sup>14</sup>.

En este tipo de experimentos, se asienta la idea de que el nivel esencial del universo no es ya el origen de las cosas sino, también, el medio que las interrelaciona. Aparece así en la física contemporánea la teoría del campo unificador, un concepto nuevo, en virtud del cual, el vacío se contempla como una especie de telón de fondo de todo lo que integra el espacio tiempo.

<sup>12</sup> Como señalaba el propio Werner Heisenberg, las unidades más pequeñas de la materia no son objetos físicos, en el sentido ordinario de la palabra, son formas estructuras o, en palabras de Platón, ideas de las que sólo se puede hablar, sin ambigüedad, en el lenguaje de las matemáticas, (Rupert Sheldrake, *op. cit.* p.121). Por su parte, S. Pániker incide en el asunto, cuando señala que quizá no haya partículas elementales sino sólo las vibraciones de unas minúsculas y metafóricas cuerdas. La mentada teoría de las súper cuerdas (la súper viene de la súper simetría que incorpora) viene a diluir la materia en una especie de música que es también una estructura matemática, *op. cit.* pág. 12.

<sup>13</sup> Todos estamos unidos a otro nivel de realidad no material y no local, algo así con el famoso éter desterrado por Einstein, esta es la conclusión filosófica a partir del Teorema de Bell, la inercia del razonamiento se convierte en intuición sobre la existencia de una dimensión universal más allá del espacio tiempo.

<sup>14</sup> A Einstein no le agradaba las consecuencias del principio de incertidumbre y en su búsqueda de alternativas, desemboca en el experimento mental EPR (Einstein-Podolsky-Rosen), que termina en la formulación del principio de no localidad, una suerte de comunicación no local entre todos los entes del universo. Algo a lo que él se había opuesto.

Hoy sabemos que la nada está llena, que el vacío cuántico no está realmente vacío, sino que contiene un mar de partículas que se crean y aniquilan rápidamente<sup>15</sup>. No se trata de ficciones, sino todo lo contrario; como señala el astrónomo y director del Observatorio Astronómico Nacional (IGN), Rafael Bachiller, estos estudios de la materia han tenido un impacto enorme en la construcción del mundo moderno, tanto en los métodos de obtención de energía, como en el desarrollo de nuevos materiales<sup>16</sup>.

En principio, este medio cósmico se identificó con el propio espacio. Pero cada vez son más las teorías que atribuyen propiedades físicas al espacio y, más concretamente, al campo o medio que lo sostiene.

La teoría de que el espacio vacío constituye el fondo último del universo supone un paso más en el desarrollo del concepto de campo, como una realidad con una proyección universal, primero con la configuración de los campos gravitatorio y electromagnético y, más tarde, con lo que se ha llamado campo de Higgs.

Finalmente, el propio vacío se configura como un fondo último, que opera como un gran campo interconector. Los antiguos textos del hinduismo describen la existencia de un campo integrador, que convirtieron en un elemento esencial de la mitología de la India.

La idea que subyace permite sostener que nuestro universo surge de fluctuaciones cuánticas producidas en el vacío de un universo precedente, del que emana la información como un elemento fundamental que, junto con el azar, va a permitir el proceso evolutivo.

En las grandes teorías unificadas, de la segunda mitad del siglo XX, el concepto de vacío se transformó, desde un simple espacio desocupado, a un medio que alberga el llamado campo de punto cero, en el que la energía demuestra estar presente en el cero absoluto de temperatura, incluso cuando desaparecen todas las formas clásicas de energía. El vacío, así

<sup>15</sup> El vacío, aparentemente, no es la nada, sino una sustancia. Aunque no una sustancia ordinaria. Son ondas que surgen al azar, compuestas de «cuantos de espacio» (QS en sus siglas en inglés) que son los componentes esenciales del mundo físico. Son de la longitud de Planck y vibran a una «frecuencia básica», mientras que los cuantos que integran las formas vibran a frecuencias más bajas. Como señala Paul Davies, «si dos cuerpos están separados por la nada, ¿no estarían en contacto?», *New Scientist Magazine*, 12-06-2012.

<sup>16</sup> En la teoría de cuerdas cada partícula se representa por un estado de vibración. Según vamos descendiendo de escala, las partículas parecen desvanecerse en entidades ondulatorias o vibraciones en el seno de un vacío repleto de fenómenos muy sutiles. Rafael Bachiller es astrónomo, director del Observatorio Astronómico Nacional (IGN), «Partículas y espacio vacío», publicado en el diario *El Mundo*, el 25-01-2017.

entendido, constituiría el fondo del universo, en el que se sitúa el espacio tiempo. Un espacio tiempo relativo y dinámico, en interacción con la materia y la energía<sup>17</sup>.

Este concepto de vacío parte de la propia relatividad. Lo que ocurre es que la teoría de la relatividad no explica su origen. Simplemente se limita a asumir la existencia del espacio tiempo, junto con la materia y la energía. Es exactamente lo mismo que acaece en la denominada teoría de cuerdas, que al igual que la relatividad, asume la existencia del espacio tiempo, pero no resuelve el problema de su aparición. En ese punto muerto es donde surge la necesidad de reconocer un terreno más hondo del universo.

Como se ha dicho, si alguna vez llegamos a descubrir un elemento en la naturaleza que explique el espacio tiempo, es probable que se trate de algo más profundo que el propio espacio o el propio tiempo. Algo que carezca de localización en el espacio o el tiempo<sup>18</sup>.

En las últimas décadas, son relevantes las voces que sostienen que «los avances en cosmología parecen demostrar que todo el universo pudo haberse originado de forma espontánea a partir del vacío cuántico»<sup>19</sup>. Ese fondo del universo no solo sería el ámbito que acoge a los campos universales y cuánticos, sino que también actúa como un campo que informa y dota de sentido a disciplinas tan diversas como la física, la biología, la cosmología y la neurociencia.

Su principal efecto es la coherencia, que se pone de manifiesto al corroborarse la existencia de una relación permanente entre las diferentes partes que integran cualquier cosa, tanto si se trata de un cuanto, un organismo o un cúmulo de galaxias.

Esa información penetra en los organismos de todo tipo, conformando estructuras de interferencia y, a través del azar, hace posible la aparición de la inteligencia. Se trata de «una información» sujeta, a su vez, a la propia evolución, pues cualquier acontecimiento del mundo se integra en ella, de forma que el campo último registra y conserva los rastros de todo lo existente.

De esa manera, se cierra el esquema de un modelo cosmológico cuyos fundamentos han sido establecidos en la obra de David Bohm y desarro-

<sup>17</sup> La teoría del campo y sus implicaciones está tratada por Laszlo de una manera que me parece clara y precisa en sus obras, antes citadas, sobre el cosmos creativo y el cambio cuántico.

<sup>18</sup> Como ponen de manifiesto físicos tan relevantes como John A. Wheeler, *Un viaje por la gravedad y el espacio tiempo*, (2000).

<sup>19</sup> Como señala el físico y divulgador Enrique F. Borja, «El vacío y la nada. ¿Qué había antes del big bang? un paseo por el cosmos», RBA (2015), pág. 3.

llados, recientemente, por físicos tan relevantes como el norteamericano Leonard Susskind o el británico Roger Penrose<sup>20</sup>.

Sobre esta nueva perspectiva, se han pretendido construir arriesgadas síntesis entre la nueva física y la filosofía o incluso la religión, partiendo de teorías sorprendentes, como el papel del observador en los experimentos y la posibilidad de que sea la conciencia de quien observa la que, al intervenir, crea el mundo, o sobre la existencia de universos paralelos que formarían el llamado multiverso, con el que poder explicar por qué el nuestro está perfectamente adaptado para la aparición de la inteligencia.

Desde luego, es un hecho que la física contemporánea ha puesto en dificultad al principio de causalidad, y que eso ha provocado una cierta perplejidad y llevado a autores como François Mauriac a comentar, después de asistir a la explicación de estas teorías, «lo que dice este profesor es mucho más increíble que lo que nosotros pobres cristianos podemos llegar a creer»<sup>21</sup>.

Esta forma de entender el universo puede llegar a influir en nuestra concepción de la filosofía y de la ética. Pues resulta palpable que la metafísica siempre sigue a la física de su tiempo, por lo que, desde una perspectiva filosófica, cabe un punto de vista que prescindiera de la necesidad de un acto del que emanó el universo primordial, en la medida en que la idea de un acto creativo ya lleva implícita la necesidad de un antes y un después.

Si nos colocamos más allá del espacio tiempo, nos situamos en un escenario sin tiempo, en el que el dilema se resuelve porque, como ya aparece en los Vedas y apunta la propia mecánica cuántica, emerge el concepto de eternidad, que no tiene que ver con la idea de un tiempo interminable, sino más bien con la de un instante infinito. Algo que, obviamente, nos trasciende.

Quizás la trascendencia y el azar no solo no se excluyan, sino que sean interdependientes, puede que el proyecto no necesite de nadie que lo proyecte. Puede que el proyectador forme parte, o incluso sea, el mismo proyecto, y evolucione de manera conjunta con él.

Para un ser humano, el único universo que le permite vivir con dignidad solo puede ser aquel en el que el azar haga posible la libertad. El su-

<sup>20</sup> David Bohm: *op. cit.*, Leonard Susskind: *El paisaje cósmico. Teoría de cuerdas y el mito del diseño inteligente*, Crítica (2007). Roger Penrose: *El camino a la realidad: una guía completa de las leyes del universo*. Debate (2004).

<sup>21</sup> Cit. por Huston Smith: *La verdad olvidada: el factor común de todas las religiones*, Kairos (2001), cap. «El lugar de la ciencia».

frimiento y el dolor, serían las consecuencias de un universo al que se la ha permitido hacerse a sí mismo.

De cualquier manera, una física que integra al ser humano en un mundo interdependiente, en el que la conciencia adquiere un papel fundamental, nos convierte en responsables y genera una nueva moral, basada en un profundo sentimiento ecológico.

El entorno tecnológico actual es nuestra propia creación, y solo abundando en una profunda reflexión sobre lo que hemos creado podemos mejorar nuestra relación con todo lo que nos rodea. El contexto del mundo del siglo veintiuno sigue siendo el de un sistema basado en el funcionamiento del mercado, que está lejos del mundo ideal que permita a un individuo crecer y sentirse pleno.

Muy recientemente, multimillonarios tan relevantes como Marc Benioff han sostenido que «el capitalismo, tal como lo conocemos, ha llegado a su fin» y que «la obsesión por la ganancia no se sostiene»<sup>22</sup>. Resulta demasiado evidente que las 26 personas más ricas del mundo tienen el equivalente a lo que poseen otros 4.000 millones de seres humanos y constituye un hecho incontrovertible que estamos al filo de un cambio climático fatal.

Dentro de Europa, a partir de la crisis de 2008, se han anunciado reformas por relevantes líderes de todo el espectro político y se ha hablado de la necesidad de explorar nuevos mecanismos que equilibren el problema de la desigualdad. Aunque estamos al borde de la tercera década del siglo y seguimos esperando a ver quién toma la iniciativa<sup>23</sup>.

Mientras, un capitalismo sin regular provoca irritación en la gente, de la que acaba siendo víctima el propio sistema de libertades, como ha ocurrido con la elección de Trump, con el Brexit, con el auge de los nacionalismos en Europa o con revueltas sociales sin una causa aparente, como acaba de ocurrir en Chile<sup>24</sup>.

---

<sup>22</sup> «Necesitamos un nuevo capitalismo», artículo publicado en *The New York Times* el 14-10-2019.

<sup>23</sup> En el contexto de la Unión Europea, resulta muy elocuente que, precisamente, líderes conservadores como Nicolás Sarkozy hayan defendido, con enorme contundencia, la necesidad de «refundar el capitalismo económico de mercado sobre las bases de la ética y del esfuerzo» y señalado la «necesidad de elaborar leyes para acabar con determinados abusos». Discurso de Sarkozy pronunciado en Toulon, el 24 de septiembre de 2008. Propuesta que fue compartida por la Canciller alemana Ángela Merkel. *Europa Press*, 25-09-2008.

<sup>24</sup> Como señala Michael J. Sandel, «deberíamos debatir cómo reconciliar el sistema con los valores cívicos de una sociedad justa, partiendo de la certeza de que el neoliberalismo

No obstante, a pesar de esas grandes contradicciones, como afirma el reciente Premio Nobel de Economía, Michael Kremer, «en los últimos 40 años, la pobreza mundial global se ha reducido un 75%»<sup>25</sup>. Los índices de las encuestas, realizadas en 2018 en 14 países, así lo confirman, tanto en relación con la disminución de pobres en la población mundial, del nivel de desnutrición, o en relación con la tasa mundial de analfabetismo<sup>26</sup>. Y aunque Borges acierte cuando dice que «a todos los hombres les tocan siempre malos tiempos en que vivir», lo cierto es que, en términos generales, nunca habíamos estado mejor.

En la última década se está consolidando una cultura emergente nacida en una gran variedad de países, que afecta a un número creciente de personas, con una actitud distinta ante los valores del sistema, que ha hecho posible la visión de lo que se ha llamado «capitalismo consciente», con millones de seres humanos que, con unos valores distintos, están implantando una nueva forma de consumir y creando un nuevo estilo de vida<sup>27</sup>.

Como acabamos de ver, en cualquier proceso de evolución y crecimiento personal, resulta esencial que seamos capaces de interiorizar la idea de conexión con el mundo al que pertenecemos, de asumir que existe una interdependencia entre las grandes decisiones de todo tipo, que podamos adoptar en cualquier parte del planeta. Eso nos lleva a una actitud, en la que resulta primordial el respeto por la ecología, como consecuencia de asumir el valor intrínseco que tienen los seres vivos y su relación con la tierra.

De la idea de un mundo interconectado, del que formamos parte y que nos hace ser como somos, surge una nueva ética universal que incide en el hecho de que los procesos de cambio social se aceleren. Esa nueva disposición ante los viejos valores del consumismo, está haciendo posible la apari-

---

de las últimas tres o cuatro décadas fue el causante de la profunda crisis», en su obra *Lo que el dinero no puede comprar. Los límites morales del mercado*. Debate, (2012).

<sup>25</sup> Entrevista para *La Vanguardia*, celebrada en Boston el 27-10-2019.

<sup>26</sup> Desde 1990, la pobreza mundial ha caído espectacularmente, la tasa de desnutrición ha pasado de afectar al 20% de la población mundial a hacerlo al 10%; los ciudadanos con acceso al agua potable se han incrementado del 75% al 90%; o la tasa de analfabetismo ha caído del 20% de los adultos al 10%. Son los datos enormemente objetivos y elocuentes sobre el verdadero estado del planeta. Encuesta publicada por la Gapminder Foundation (realizada en 2018, a 12.000 personas en 14 países). Es interesante la reseña sobre el tema que hace Juan Ramón Rallo, 1 de septiembre de 2018.

<sup>27</sup> El llamado «capitalismo consciente» significa que nos estamos dando cuenta del precio insoportable de una inconsciente filosofía que abarcaría el «beneficio a cualquier costo». Con olvido de la espiritualidad y de la supervivencia planetaria. Como señala Patricia Aburdene, en su obra *Megatrends 2010: The Rise of Conscious Capitalism*, pág. 45.

ción de los llamados «culturalmente creativos», que apuestan por una cultura emergente, con un estilo de vida distinto<sup>28</sup>.

Se trata de consumidores, preocupados por la salud y el entorno, y por llevar una vida de calidad. Buscan el consumo con el mínimo impacto ecológico, y son capaces, y esto es esencial, de renunciar a carreras prometedoras a cambio de disfrutar de una vida mejor, en todos los sentidos. Obviamente, son personas con un tipo distinto de conducta, y una condición abierta que resulta incompatible con cualquier forma de fanatismo y de exclusión. Y se configura como una faceta más de una actitud cosmopolita.

Una característica esencial de este tipo de gente es que no realizan un proselitismo activo y aunque las encuestas han puesto de manifiesto que su número está creciendo en diferentes países del mundo desarrollado, no son conscientes de que integran un grupo socialmente relevante, que puede llegar a influir en las grandes decisiones.

En definitiva, lo que parece estar ocurriendo es que, por primera vez en la historia, los seres humanos, gracias a la generalización del bienestar y al desarrollo tecnológico, pueden acceder, masivamente, a una evolución personal basada en el conocimiento.

A diferencia de otras épocas, en las que la calidad de vida solo estaba al alcance de unos pocos, este tipo de actitud procede del corazón de las sociedades democráticas contemporáneas. Ya Schopenhauer avisó de la importancia del desarrollo de los individuos para un cambio efectivo de la sociedad<sup>29</sup>.

No se trata de forzar un sentimiento, sino de involucramos en actividades que lo promuevan de una manera natural, en el entorno que nos resulta más cercano. Como señala Karen Armstrong, los seres humanos hemos adquirido la capacidad de saltar y correr para escapar de depredadores y ahora tenemos el ballet y el atletismo, hemos cultivado el lenguaje como medio de comunicación y, con él, hemos creado la poesía, la filosofía y el derecho<sup>30</sup>.

El desarrollo personal y la proyección práctica de una nueva actitud ética y ecológica, pueden hacer algo similar con el altruismo, de manera que cuando se practica, la vida se puede elevar a niveles insospechados. Como apuntan los últimos estudios, cuando el número de personas con una nueva

---

<sup>28</sup> Grupos de gente con una actitud diferente, como ya ha ocurrido con los llamados LOHAS (del acrónimo: Lifestyles of Health and Sustainability. Estilos de Vida Saludables y Sostenibles), una importante tendencia que surgió en Estados Unidos a principio de siglo.

<sup>29</sup> Schopenhauer: *op. cit.*, pág.136.

<sup>30</sup> Karen Armstrong: *En defensa de Dios*, Paidós (2009), pág. 340.

disposición alcance una masa crítica, dentro de la sociedad civil internacional, los cambios en el sistema se precipitarán de manera inevitable<sup>31</sup>.

La nueva ciencia es mucho más que la simple acción de explorar y computar. Forma parte de la búsqueda constante para encontrar el sentido del mundo. Y constituye, también, una indagación de significado tal y como lo hace la religión, el arte y la literatura. Llegado a este punto, en el que, abiertamente, podemos hablar de búsqueda de significado, aparece la conciencia que nos hace ser como somos.

La conciencia es un tipo de inteligencia innata de la que, en términos científicos, sabemos poco. Científicos tan relevantes como Rafael Yuste, neurobiólogo, al frente del inmenso proyecto BRAIN, abordan el tema con toda claridad, afirmando, «sinceramente, no sé qué es la inteligencia»<sup>32</sup>.

Al parecer, la conciencia surge, emerge, aparece, como un mero producto de la evolución, como un simple efecto generado por la conexión neuronal, y no es, en principio, más que un epifenómeno del cerebro. Lo que ocurre es que no se da una relación tangible entre el producto y la composición físico-química de lo que lo genera.

Como hemos visto que sucede en el mundo cuántico, lo importante no es la composición de las partículas, las neuronas en este caso, sino las relaciones que se producen entre ellas. De acuerdo con esto, si la relación es la categoría ontológica fundamental, el ser, y todo lo que existe, es producto de la conexión en sí misma, sin que parezca importar mucho la esencia de lo que se conecta.

No tenemos una explicación sobre qué cosa sea la conciencia, ni sobre cómo se crea. Sabemos que existe, pero no la podemos explicar. Es una especie de «singularidad», algo que necesitamos integrar desde una perspectiva científica, pero no sabemos todavía cómo<sup>33</sup>.

<sup>31</sup> Son muy elocuentes los trabajos realizados por el «Estudio Internacional de Culturas Emergentes» o «International Survey of Emergent Cultures», en el seno del Club de Budapest, con el objetivo de «documentar la existencia de culturas emergentes, pensamiento y actuaciones responsables en diferentes partes del mundo» ([www.clubofbudapest.org](http://www.clubofbudapest.org)).

<sup>32</sup> En entrevista dada en Washington D.C., el 7 de noviembre de 2018.

<sup>33</sup> Como señala Yuval Noah Harari: «Siendo francos la ciencia sabe muy poco acerca de la mente y la conciencia, la ortodoxia actual indica que la conciencia es creada por reacciones electroquímicas que tienen lugar en el cerebro (...). Sin embargo, nadie tiene ni idea de cómo una diversidad de reacciones bioquímicas y de corrientes eléctricas en el cerebro generan la experiencia subjetiva de dolor, ira o amor. Utilizando las imágenes por resonancia magnética funcional con electrodos implantados y otros artilugios sofisticados, se ha identificado, ciertamente, correlaciones e incluso conexiones causa-

El debate arranca cuando intentamos entender cuál es la base biológica de la conciencia. Obviamente, el intento sitúa ya el tema en un plano materialista, pues partimos de presuponer que la conciencia ha de tener una base exclusivamente biológica.

La alternativa se encuentra en la sabiduría antigua, desde las Upanishads al Kybalion se sostiene que «el universo es mental», y que la conciencia es la sustancia misma del universo, su origen. Nada desprovisto de razón puede engendrar un ser dotado de razón.

Desde esa perspectiva, la inteligencia y la conciencia son el entramado y la sustancia del universo, no un producto tardío de la evolución. Emerson reformula esa idea cuando señala: «Hay una inteligencia común a todos, cada hombre es una entrada a esa inteligencia y a cuanto en ella existe»<sup>34</sup>.

Por tanto, todo el cosmos es la manifestación externa de una realidad sustancial y permanente que no deviene, sino que es. Como sostiene Heráclito: «Lo racional no es el hombre, solo el ser que lo abarca todo es inteligente». En definitiva, el mundo antiguo parte de algo que es relevante incluso desde el paradigma materialista. En alguna parte tiene que residir la matriz de la racionalidad, de la belleza y, en último término, del ser.

Este tipo de posturas, supuestamente excéntricas, contempladas desde la neurociencia dominante, tienen, sin embargo, un importante apoyo en científicos de prestigio, que enlazan con la postura de la filosofía antigua, como el físico Freeman Dyson, cuando sostiene que la conciencia no es un epifenómeno pasivo que se deja llevar por los acontecimientos químicos del cerebro, sino un agente activo que fuerza a los complejos moleculares a elegir entre un estado cuántico u otro<sup>35</sup>.

Toda la materia está animada, los sistemas vivos auto organizados poseen una acción psíquica consciente, mientras que la materia inorgánica también posee un aspecto mental inconsciente.

Ya en la modernidad, autores como Bergson, sostienen que «la vida no puede reducirse a una mecánica físico-química» y que «el cerebro no es más que un soporte, un instrumento que permite a la conciencia insertarse

---

les, entre las corrientes eléctricas del cerebro y diversas experiencias subjetivas (...). Aunque la transmisión y la recepción de cada señal eléctrica es un fenómeno bioquímico simple, la interacción entre todas estas señales da lugar a algo mucho más complejo: la secuencia de la conciencia». *Homo deus*, Debate (2016), pág. 127.

<sup>34</sup> Ralph Waldo Emerson: *Ensayos*, Cátedra (2003), pág. 23.

<sup>35</sup> Freeman J. Dyson: *El infinito en todas direcciones*, Metatemas 25, Tusquets (2001), pág. 249. «En otras palabras, la mente es inherente a todo electrón y los procesos de la mente humana difieren solo en grado, respecto a los procesos de elección entre estados cuánticos, que llamamos azar cuando los realiza un electrón».

en la realidad»<sup>36</sup>. Desde ese punto de vista, se confirma lo consagrado por los textos antiguos, cuando defienden el carácter irreducible de la conciencia, quizá previo al espacio-tiempo y a la materia<sup>37</sup>.

Los especialistas contemporáneos, como David Chalmers, califican la conciencia como un «escollo problemático» de la ciencia, como una «gran anomalía»<sup>38</sup>. Chalmers sugiere que la comprensión de una anomalía de esta envergadura necesita ideas radicales, que al principio pueden parecer ex-céntricas, pero que «son necesarias para poder lidiar con la conciencia de una manera científica»<sup>39</sup>.

Las dos ideas de las que parte se centran en considerar que la conciencia es fundamental y es universal. Por un lado, considera que debe ser tratada como algo que resulta fundamental en la naturaleza, la califica de ladrillo básico, como pueden ser el tiempo o la materia. Por otra parte, es universal, cada sistema es consciente, no solo los humanos, sino los perros, los ratones, las moscas, los microbios, incluso las partículas elementales tienen algún grado de conciencia. Parece, por tanto, razonable asumir que la conciencia se encuentra ya en el grado más ínfimo de la materia; que cualquier pedazo de naturaleza la posee<sup>40</sup>.

<sup>36</sup> Henri Bergson: *La evolución creadora*, Planeta (1994), págs. 46ss.

<sup>37</sup> Los textos clásicos del hinduismo señalan que la conciencia es nuestra categoría más alta, es el percibidor, el testigo, quien ve pero no puede ser visto, quien habla pero no puede ser escuchado, quien percibe pero no puede ser percibido. Como dicen las Upanishads, la conciencia es la que realmente ve lo visto, escucha lo oído y percibe lo percibido. Lo importante no es pensar, como decía Descartes, sino saber que se piensa. La mente cerebro es un producto evolutivo, la conciencia es algo universal e intemporal. Los animales también tienen mente, pero no tienen quién miren en ella, no tienen testigo. La conciencia, a la que hemos accedido evolutivamente mediante el desarrollo del cerebro, nos muestra todas las posibilidades que tenemos ante nosotros, y nosotros estamos obligados a elegir alguna en cada instante. Como detalla Fernando Díez, en *Ciencia y consciencia*, Kairos (2017), pág. 65.

<sup>38</sup> Entrevista en *Tercera Cultura. Ciencia para el debate público*, el 9-06-2009.

<sup>39</sup> David Chalmers lleva tiempo siendo el máximo exponente de los estudios contemporáneos sobre la conciencia, en su obra destaca *La mente consciente: en busca de una teoría fundamental*, Gedisa editores, y «Hacia una ciencia de la consciencia: discusiones y debates», BBC el 3-02-2018.

<sup>40</sup> Desde esa perspectiva, la conciencia ha existido siempre, en cualquier forma del universo. Por lo que resultaría un tanto simplista la argumentación de Harari sobre la «misteriosa aparición repentina de algo supuestamente parecido al alma». Yuval Noah Harari trata el «asunto» señalando que «Se puede argumentar que las almas no evolucionaron, sino que aparecieron en todo su esplendor un día radiante, pero... ¿qué día radiante exactamente? (...) piense el lector en el primer bebé que poseyó un alma. La biología no puede explicar el nacimiento de un bebé con un alma eterna hijo de unos padres que no tuviera siquiera una pizca de alma», *op. cit.* pág. 12..

Respecto a su carácter fundamental, pudiera ser que la conciencia, aunque quepa interpretarse como una propiedad emergente de la actividad cerebral, no sea un yo, sino una cosa previa, más amplia y misteriosa. En cualquier caso, la visión pansíquica de que la conciencia se encuentra, en grado diferente, en todo lo que existe, se configura como un argumento de peso para cambiar nuestra relación con la naturaleza. Y eso tiene consecuencias sociales y éticas, pues la mente humana aparece como lo que en realidad es; un continuo con el resto del universo al que pertenece.

El proceso evolutivo conlleva diferentes niveles de conciencia. En el ámbito de los seres humanos, el último nivel de desarrollo se ha llamado «quinto estado», que puede llegar a ser extraordinariamente estable y se puede mantener incluso funcionando en un contexto cotidiano; como si se hubiera convertido en un estado de conciencia natural.

En esos elevados estados de conciencia, el ego desaparece para abrirse a algo transpersonal. Einstein escribe a la mujer de Max Born: «me siento tan solidario con todo lo que existe que el tema de mi existencia particular me deja indiferente»<sup>41</sup>. En ese nivel de actitud, en una hipotética cooperación estable entre seres humanos que hubieran trascendido su ego, la humanidad se habría convertido en lo que los biólogos llaman un súper organismo, que sería el resultado de una evolución cultural, mucho más rápida que la genética. Como una prueba de verdadera inteligencia<sup>42</sup>.

Con ese horizonte, a la vista de la tercera década del siglo, la llamada inteligencia artificial y los algoritmos que la constituyen están empezando a tener un importante protagonismo. Desde 2015, con la publicación de diversos libros de éxito, se ha extendido el uso del término algoritmo como una especie de panacea con la que explicar el universo. Se ha llegado a decir que se trata del concepto más importante de nuestro tiempo.

Los autores contemporáneos llegan a una serie de inquietantes conclusiones. En línea con lo que venimos sosteniendo en estas páginas, se de-

<sup>41</sup> K. Wilber (ed.): *Cuestiones Cuánticas, Escritos místicos de los físicos más famosos del mundo*, Kairos (2005), pág. 167.

<sup>42</sup> Salvador Pániker lo explica señalando que «es un hecho establecido que la disminución del egocentrismo es proporcional al aumento de la capacidad de empatizar con el prójimo, he ahí la base antropológica de la moral, así una nueva cooperación entre seres humanos que hubieran trascendido su ego podría equivaler a la revolución eucariota, que dio origen a la vida multicelular. La humanidad se había convertido en lo que los biólogos llaman un súper organismo lo cual sería el resultado de una evolución cultural mucho más rápida que la genética y una prueba de inteligencia», *Asimetrías*, Debate (2002), pág. 352.

fiende que el universo consiste en flujos de información y que las mismas leyes matemáticas se aplican tanto a los algoritmos biológicos como a los electrónicos. De esta manera, desaparece la barrera entre las máquinas y nosotros. Se dismantela la separación entre lo orgánico y lo inorgánico y se abre el debate sobre el hecho de que los algoritmos electrónicos acaben por descifrnarnos y nos superen.

Un sentimiento de cualquier ser vivo puede ser expresado utilizando las matemáticas u otro tipo de lenguaje. Sin embargo, el algoritmo no contiene el sentimiento en sí. Hace falta un sujeto experimentador, en el que haya conciencia. Basta tener presente los precedentes de hace casi setentaicinco años, con respecto a la creación de vida en un laboratorio. Parecía que bastaba con establecer las condiciones del caldo primordial y aplicarle una fuente de energía, sin embargo, aunque enseguida aparecieron algunos tipos de aminoácidos, nunca pudimos pasar de ahí.

Roger Penrose sostiene abiertamente que ninguna máquina puede ser tan inteligente como un ser humano, porque carecen de la capacidad de encontrar verdades que nosotros poseemos. Por su parte, Rafael Yuste es muy claro cuando afirma «a veces me río cuando hablamos de inteligencia artificial. Si no sabemos qué es la inteligencia natural. Es como una metáfora de una metáfora».

En definitiva, el cerebro lleva 600 millones de años preparando algoritmos biológicos. Y es posible que sean mucho más complejos que los que pueda procesar el más complejo de los ordenadores. Y como decía Ramón y Cajal, puede que siga siendo «la selva impenetrable donde muchos investigadores se han perdido».

Lo que sí parece obvio es que el desarrollo de la llamada inteligencia artificial nos fuerza a repensar qué somos y qué nos hace humanos. Y a articular una respuesta que marque contrastes entre un ser humano y una máquina.

El algoritmo que supuestamente dirige el funcionamiento de un ser humano opera mediante sensaciones, emociones y preguntas. Todo el cuerpo puede actuar como una calculadora. El mundo de un ser humano no está al alcance de ningún tipo de máquina. Nosotros podemos perdonar, nos encantan las excepciones y, aunque aspiramos a tratar a todo el mundo por igual, si se trata de un amigo, hacemos algo especial por él. Somos insensatos, fumamos, aunque no tenga sentido, quizás porque anhelamos la experiencia de lo exquisito. Las máquinas no hacen eso.

El portento de la imaginación marca la pauta de la mente humana. Sentimos que todo lo que imaginamos puede ser algún día posible. Como

Einstein hacía, podemos sentir la sensación de cabalgar sobre un rayo de luz que cruza el universo. Una máquina con una ilimitada capacidad de cálculo difícilmente va a comprender a Quevedo cuando dice «polvo seré, mas polvo enamorado».

O a Rubén Darío cuando canta:

Hermano, tú que tienes la luz, dime la mía.  
Voy bajo tempestades y tormentas  
ciego de sueño y loco de armonía.

O a Vicente Núñez cuando concluye:

...en la sabiduría de las estrellas  
estaba el único camino. Y desde su campamento  
oí la voz inextinguible de los míos.

Puede que, gracias a la innovación, acabemos replanteándonos cosas esenciales, como el estar enfocados hacia el rendimiento económico. Puede, por ejemplo, que vayamos hacia una era posttextual en la que contemos y escuchemos historias en lugar de leer y escribir. Y todo eso, sin duda, va a constituir un complejísimo proceso, en el que será crucial que los humanos podamos dar lo mejor de nosotros mismos.

Voy a terminar como empecé estas páginas, para constatar de nuevo que fuera de cualquier creencia o aceptación mecánica, hay un impulso que nos hace ser lo que somos. Se trata de algo situado en el centro de cada instante. Es inteligencia y mente consciente. Es lo que vive en nosotros, que opera a través del filtro de nuestro propio cuerpo. Y constituye el estadio superior de la conciencia.

Como personas, cada uno de nosotros tenemos un enorme margen, el que señalan los sabios de los últimos 30 siglos. Se trata de ejercer la última de las libertades, la de «poder elegir nuestra propia actitud frente a cualquier circunstancia»<sup>43</sup>. Por eso, lo importante no radica en cuánto vamos a vivir, sino en cómo. Cómo de libre, de noble, de amorosa, de generosamente.

En su última entrevista, próxima a su muerte, García Lorca se muestra profético: «Ni el poeta ni nadie tiene el secreto del mundo. Sé que la poesía eleva, pero el dolor del hombre, la injusticia del mundo, y mi propio cuerpo, me evitan trasladar mi casa a las estrellas»<sup>44</sup>.

<sup>43</sup> Víctor Emil Frankl: *El hombre en busca de sentido*, Herder Editorial (2015), pág. 94.

<sup>44</sup> Rafael Inglada (ed.): *Palabra de Lorca. Declaraciones y entrevistas completas*, Malpaso Editorial (2017).

Sin duda, la sabiduría asiste al poeta, pero lo que en realidad pretendo con estas palabras es, precisamente, eso; hacer posible que algo de nuestro corazón, se sienta conectado con las estrellas infinitas.

Para ello, es esencial resistir a todo lo que separa y a todo lo que aleja. Y tener presente que sonreír, reír y abrazar, también es resistir.